

dioses EN guerra

EPISODIO I



DIOSES EN GUERRA

EPISODIO I

IVÁN BOLAÑOS

DIOSES EN GUERRA

Copyright © Iván Bolaños

Editado por Tony & Vanchi

Todos los derechos reservados. Este libro, así como cualquiera de sus partes, no podrá ser reproducido en cualquiera forma sin autorización. Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente.

INDICE

DIOSES EN GUERRA	1
TALISMÁN AQUA	4
AYERS ROCK	5
PADIAN ANTOLAS	6
INTRODUCCIÓN	7
I. PIEDRAS HISTIAS	8
II. NACE UNA ESPERANZA	18
III. SCURANTI	29
IV. MISIÓN ESPACIAL	45
V. EL MAR DE LAPTEV	48
VI. REVELACIONES	62
VII. OSCURO PODER	79
VIII. EL NUEVO PORTADOR	83
IX. REUNIÓN EN NUEVA DELHI	89
X. EL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA	95
GLOSARIO	121

TALISMÁN AQUA



AYERS ROCK



PADIAN ANTOLAS



INTRODUCCIÓN

Hace muchísimo tiempo, el dios supremo que creó todo lo que conocemos originó a su descendencia. Primero fue Alkiar, después Morek y así uno a uno la progenie de Vakur pobló los diferentes rincones del aún joven universo. El palpitar del cosmos quedaría atado a la voluntad de aquellos seres omnipotentes.

Ahora bien, no todos los dioses menores eran iguales. Algunos nacieron más fuertes, otros más nobles, y por ello se pactó desde un principio que cada uno se ocuparía de sus propios asuntos.

Sin embargo, ese acuerdo cósmico se rompería luego de que el primogénito de Vakur le diera vida a una enorme galaxia con forma de espiral, pues la hizo tan perfecta y hermosa, que despertó el celo de uno de sus hermanos.

Morek quiso destruir la obra de Alkiar, y cuando creyó que el momento de concretar su plan había llegado, la Tierra ya tenía miles de millones de años. Hacía mucho que la raza humana se había vuelto la especie dominante del tercer planeta desde el Sol y ahora, sin saberlo, se acercaba inexorable al momento en el que se determinaría su destino final.

Esta es la historia de cómo fuerzas más allá de la comprensión humana serán las encargadas de acabar con la vida tal cual la conocemos o acaso perpetuarla...

I. PIEDRAS HISTIAS

Como tantos otros viajeros que recorrían las regiones septentrionales de Francia, el recién llegado no llamaba particularmente la atención. Había aparecido en el pueblo poco antes que el Sol se ocultara, y luego de pagar por la mejor habitación disponible, destinó casi una hora a saciar su hambre.

—¡Come tanto como un regimiento! —exclamó en voz baja la esposa del posadero.

Este último asintió con un leve gesto diciendo:

—Es un hombre joven y corpulento. Si está de viaje es natural que tenga que alimentarse así. Pero hay algo que me parece muy curioso. ¿Has notado la actitud de los demás huéspedes?

—¿A qué te refieres?

—No estoy seguro... podría jurar que las personas en las mesas cerca a la suya parecen más alegres que el resto. Por el contrario, los que han escogido sentarse más lejos tienen una expresión diferente.

—Creo que lo estás imaginando.

—Tal vez —dijo el posadero—. Pero por alguna razón me da gusto que ese hombre se haya alojado con nosotros esta noche. No sé explicarlo, pero siento paz.

Tras una opípara cena, durante la cual no cruzó palabra con ninguno de los otros huéspedes, el recién llegado abandonó el comedor y se dirigió a su habitación, en la segunda planta del viejo edificio.

Se trataba de un hombre de aspecto muy fuerte, que aparentaba unos treinta años y escondía sus desordenados cabellos castaños bajo una vieja gorra de color azul.

Había comido más que suficiente, y no obstante ocupaba uno de los mejores cuartos en el pueblo, le resultó imposible conciliar el sueño. Por más que avivó las ascuas dentro de la chimenea con la que contaba su habitación, tampoco consiguió librarse del frío sobrenatural que se había apoderado de todo cuanto lo rodeaba.

—Debe ser obra del enemigo. Quiere adueñarse de mi mente. Pero no podrá. No esta noche —dijo con firmeza, buscando compañía en su propia voz.

A continuación, encendió cuatro velas, que ubicó orientados hacia los cuatro puntos cardinales. Sentado en el centro de la habitación empezó a repetir unos versos en latín.

—De mí depende que las piedras permanezcan a salvo —dijo esta vez en voz baja, cuidando que no lo escucharan en las habitaciones contiguas.

En ese momento creyó notar que llamaban a su puerta. Nervioso, se acercó y dijo secamente: —¡He pedido no ser molestado!

No hubo respuesta. Al cabo de un momento se animó a abrir. No había nadie en el pasillo. Cerró la puerta, volvió a correr el cerrojo, y reanudó sus versos. Poco a poco, a medida que las velas cobraron mayor brillo, el frío empezó a disiparse, permitiéndole finalmente acostarse. Al cabo de un instante se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente una mañana de cielos despejados lo alcanzó cuando terminaba de preparar su caballo. Debía llegar cuanto antes a Calais, desde donde tomaría el ferry con destino a Dover.

—Ahora depende de ti que lleguemos a tiempo —acarició un par de veces al noble y vigoroso animal.

Iba corto de equipaje. Dentro de las alforjas que colgaban sobre el caballo apenas llevaba lo mínimo indispensable para el viaje. Una pequeña y vieja bolsa de cuero que cuidaba celosamente pendía de su cinturón.

Arribó al puerto francés cerca del mediodía. El transbordador se preparaba para partir. La marea, que regularmente obligaba a los barcos a esperar alejados de la costa, estaba por alcanzar su punto más alto, hacia la una de la tarde.

—¡Qué bueno que llegué a tiempo! Esta noche cenaré en Londres —exclamó animado.

Antes de abandonar Francia tenía que vender al equino y comprar una maleta pequeña, en la cual meter su exiguo equipaje. Algo que lo inquietó fue que sin razón aparente el animal estuvo muy nervioso durante la última parte del camino. Lo interpretó como una señal. Debía tener cuidado.

Terminó sus gestiones sin contratiempos. Compró el boleto a Dover y abordó el barco, absorto en sus propios pensamientos.

«Será mejor no entablar conversación con nadie», pensó, mientras se ubicaba cerca a la proa de la nave.

—Les recomiendo que no se acerquen, podría contagiarlos de la gripe —ardid sencillo con el que consiguió mantener alejados a los demás pasajeros.

Un viento frío empezó a soplar desde el Oeste, obligándolo a levantar el cuello de su abrigo y frotarse las manos repetidamente. La gran chimenea de color negro empezó a humear con más intensidad y pronto el vapor se encontró cortando las aguas del Canal de la Mancha.

—Es la primera vez que hago esta travesía. He oído decir que estas corrientes pueden ser muy traicioneras —se dijo a sí mismo, mientras observaba el horizonte hacia el Norte.

En efecto, en ocasiones llegaban inesperados bancos de niebla, desviando incluso a los capitanes más experimentados y grandes olas podían presentarse de un momento a otro.

«Cada vez estoy más cerca de mi destino y eso fortalece más mis ganas de seguir adelante, pero esta sensación... como la de anoche, menos intensa, pero parecida. Ahora siento como si alguien me estuviera observando».

Buscando tranquilizarse, Antoine Savigny se repitió que debía tratarse de su imaginación, aunque sabía que el poder del enemigo afectaba la mente de maneras extrañas.

En ese momento, un grupo de nubes dejó pasar los rayos del Sol, lo que consiguió animarlo. El clima resultó finalmente favorable y nada retrasó al vapor en su corta travesía.

—Ese debe ser el muelle Admiralty —exclamó Antoine, asegurándose de que la vieja bolsa de cuero seguía en su lugar.

Desembarcó en Dover y se apresuró en buscar un carruaje que lo llevara a su destino. Sólo cien kilómetros lo separaban de la capital inglesa. Allí lo esperaba un viejo amigo, Edgar Burton, con quien emprendería un viaje hacia el rincón sudoccidental del país.

Debido a que la vía férrea que uniría Dover y Londres aún no estaba terminada, la primera parte del trayecto la realizó en un viejo pero cómodo carruaje. Se sintió mejor cuando finalmente pudo subirse al tren.

—Ahora descansaré un poco —por alguna razón Antoine se sentía más tranquilo abordo del inmenso «caballo de hierro», como le gustaba llamar a ese medio de transporte.

Estaba anocheciendo cuando la locomotora se detuvo por completo. En la estación ferroviaria de Sutton esperaba un hombre de aspecto amable y finas facciones, unos veinte años mayor que el francés.

—Me da mucho gusto verte, Antoine. ¿Tuviste algún contratiempo durante el viaje?

—Debo confesar que por momentos sentí una presencia oscura, que intentó apartarme del camino.

—La he sentido también... hace tiempo. El vidente hizo bien en escogerte entre tantos otros cristianos. Eres fuerte.

—Espero que tengas razón.

—¿Traes el retrato?

—Lo tengo conmigo. Edgar, te aseguro que he memorizado perfectamente las facciones de nuestro hermano.

—Muy bien, ahora te llevaré a casa para que cenes y descanses. Mañana partiremos en el primer tren a Penzance.

—¿Esa es nuestra parada final?

—No exactamente. Nos bajaremos un poco antes.

Minutos después ambos ingresaron a una acogedora casa ubicada cerca a la estación de trenes, en el condado de Surrey.

—Deja tu maleta un momento y acompáñame. Quiero mostrarte algo —dijo Edgar.

Antoine lo siguió hasta una habitación amplia y ordenada, una muy bien provista biblioteca.

—¿Te gusta?

— Es una gran colección —exclamó Antoine.

—He trabajado como bibliotecario por muchos años, sólo por amor a la literatura. La generosa herencia de mi padre me ha permitido vivir como he querido —dijo Edgar con satisfacción, sin mostrar con ello ninguna pretensión.

—¿Los has leído todos?

—Cada uno de ellos. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo están las cosas en París? No he visto el Sena en varios años.

—La ciudad ha crecido demasiado. Ya somos más de un millón de habitantes. Y te digo una cosa: al aumentar la población será cada vez más difícil distinguir al enemigo.

—Amigo mío, acá nos acercamos a los dos millones y medio. Entiendo perfectamente a qué te refieres, pero no hay nada que podamos hacer. Es consecuencia natural de la revolución industrial —dijo Edgar.

—Aunque los trenes sí me gustan. Viajar en ellos me da una sensación de seguridad.

—Estamos de acuerdo. Es un gran invento que está impulsando la economía.

—Hay algo que me extraña —señaló Antoine, frunciendo el ceño ligeramente.

—¿Qué cosa?

—Aún no me has preguntado por las piedras.

—Estaba esperando que tú me contaras. No quería mostrarme demasiado ansioso.

—Ahora que lo mencionas, prefiero que haya sido así —dijo el francés, con aprobación.

—Ven, te mostraré tu habitación. La cena estará lista en unos minutos. Más tarde podrás enseñármelas.

Luego de cenar frugalmente, Antoine abrió la bolsa que tan celosamente cuidaba, mostrándole a su amigo el contenido. Este se quedó extasiado al ver las piedras. Ambos prefirieron mantener silencio. Hasta guardaron sus pensamientos. Sabían bien que el enemigo tenía un gran poder. Devolvieron las piedras con extremo cuidado y sin mediar más conversación se retiraron a descansar.

Edgar tuvo todo dispuesto para el viaje desde muy temprano. El tren partió de Londres sin retraso y luego de un recorrido de más de trescientos kilómetros arribó a unas de sus últimas escalas. Era una fría tarde de enero y el puerto ubicado entre las desembocaduras de los ríos Plym y Tamar se agitaba con gran actividad.

Los viajeros caminaron hasta el muelle, donde permanecía anclada la fragata Amazonas, la cual había arribado a Plymouth diez días antes. Se trataba de una nave que desplazaba 1,500 toneladas y era propulsada por una máquina de 300 caballos de potencia. Contaba con un sistema de

tornillo que terminaba en una hélice, lo que recién era incorporado en las naves de vapor de la época. Había sido construida por la prestigiosa firma de William Penn e Hijos.

—Es un hermoso barco —exclamó Edgar.

—Sí, lo es. Pero ahora me preocupa que encontremos al tripulante correcto, nuestro hermano.

—¿Las tienes contigo?

—¿Crees que podría descuidar algo de tanta importancia? —preguntó Antoine, dejando por un momento que su amigo sostuviera la vieja y gastada bolsa de cuero que mantenía oculta bajo su abrigo.

—No quise ofenderte.

—Lo que no entiendo es porqué tienen que viajar tan lejos.

—No es necesario que lo entendamos. Lo único que importa es que se mantengan fuera del alcance de los scuranti —dijo Edgar.

—Preferiría que no los mencionaras en voz alta. Es como llamar a que aparezcan.

—No te preocupes. Por el momento estamos a salvo.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Antoine.

—Por ello es por lo que te pedí la bolsa. Siéntelas tú mismo. Están en paz. Si ellos estuvieran cerca ya estarían sacudiéndose.

—Lo había olvidado por un momento. Aún hoy me sorprende su poder latente.

—Poder que deberá permanecer así por otros cien años —afirmó Edgar.

Esperaron cerca de una hora. Examinaron muchos rostros en ese lapso. Algunos parecían amables, otros no tanto. Finalmente creyeron reconocer a la persona que habían estado esperando. Se trataba de un joven tripulante que inmediatamente se les acercó.

—Eres tú, estoy seguro de que eres tú —dijo Antoine—. A lo lejos creímos identificarte gracias al retrato que nos proporcionó el vidente, pero ahora, tras estrechar tu mano, sabemos que se trata de un hermano histiano.

—Yo también he podido sentir que estoy entre mis hermanos —contestó el guardiamarina de la fragata peruana. Mi nombre es...

—No es necesario que nos lo digas. Nos basta con saber que eres el elegido por el vidente para llevar las piedras hasta su nuevo hogar —interrumpió Edgar.

—Entiendo que piensan zarpar muy pronto —dijo Antoine.

—Ha sido una travesía muy larga, surcando varios océanos. Muchos han muerto víctima del cólera y de otras fiebres, pero finalmente estamos listos para regresar al Perú.

El tripulante no pudo evitar mostrar su pena, al recordar a sus compañeros que perdieron la vida en aguas de la India. El clima de Calcuta era húmedo y malsano, debido a la proximidad de numerosos pantanos. El agua estancada producía emanaciones mortales, y el cólera y la peste bubónica eran endémicas en gran parte de la península del Indostán. Muchos de los que viajaban en el Amazonas lo sufrieron en carne propia.

El viaje de la fragata se había iniciado en el Callao 460 días antes. Luego de intentar infructuosamente reparar la nave en Hong Kong y Calcuta, no obstante puertos que contaban con el necesario dique seco, la tripulación recibió la orden de dirigirse a Londres.

Ahí, el fabricante se encargaría de reparar la maquinaria, los calderos y la arboladura, así como cambiar el cobre del casco. Se la equiparía además con una serie de cañones nuevos, recién fundidos.

—¿Creen que estaremos a salvo de las sombras? —preguntó el guardiamarina.

—Estoy seguro de que esta entrega ha pasado desapercibida a los ojos de nuestro enemigo —respondió Edgar.

—Nuestra misión termina aquí. Ahora eres tú el encargado de cuidarlas —dijo Antoine.

—Lo haré con mi vida.

El marino se despidió de sus hermanos y abordó la nave de la armada peruana. Dejaría Plymouth al día siguiente.

El veintiocho de enero de 1858, el Amazonas partió hacia el Callao. Durante la primera noche de travesía, tras asegurarse de no ser molestado por ojos indiscretos, el histiano tomó la vieja bolsa de cuero, y tras desanudarla encontró en su interior cuatro piedras, grabadas con extraños símbolos que parecían muy antiguos.

Una a una las sostuvo entre sus manos, maravillado, tratando de imaginar la magnitud de su poder oculto. El contorno de los símbolos que representaban los cuatro elementos: fuego, agua, tierra y aire resplandecía levemente, bajo la tenue luz de la Luna.

—Ahora debo llevarlas hasta su nuevo hogar.

La fragata continuó su viaje hacia el Sur sin contratiempos. Tras hacer escala en Río de Janeiro rodeó el continente americano por el Estrecho de Magallanes. El veintiocho de mayo de 1858, luego de 42,000 millas alrededor del mundo, finalmente atracó en el Callao.

II. NACE UNA ESPERANZA

Todos esperaban ansiosos el momento del nacimiento. El invierno ya había alcanzado al pequeño pueblo alemán situado al sur de Mannheim, y en la casa levantada apenas a milla y media del Rin se habían congregado personas provenientes de diferentes partes del mundo.

Las gruesas cortinas no permitían observar al interior de la residencia de Friedrich Röther, hombre alto, de contextura gruesa, de no más de treinta y cinco años. Dentro, una decoración sencilla y cálida acogía a los invitados que arribaron horas antes.

—Es vital que el vidente llegue a tiempo. Sin él quizás no podamos protegerlo de las sombras. No sabemos qué podría pasar cuando nazca —advirtió Friedrich, con nerviosismo.

—No te preocupes cariño. Él estará acá muy pronto —exclamó Arabelle. Sería su primer hijo y ella estaba relajada. Se sentía tranquila. Se trataba de una mujer de cabellos rubios y largos, y enormes ojos azules.

—Tienes razón. Además, estamos los cuatro reunidos.

—No tenemos nada que temer —susurró ella.

—Sí, tú trata de descansar. Ya falta poco —dijo Friedrich, sin poder ocultar su nerviosismo de padre primerizo.

Junto a la pareja, que había dispuesto todo para recibir al bebé en la amplia y confortable sala, esperaban otras tres personas. Por momentos cada uno hablaba en su lengua nativa, y sin embargo aquello no impedía que se entendieran a la perfección. Parecía como si cada uno conociera muy bien el idioma de los demás.

—Espero que los talismanes sean lo suficientemente fuertes — exclamó Claude en un vigoroso westvlaams, lengua conocida también como flamenco occidental.

—Lo serán —dijo una mujer que había estado hablando en mandarín.

—No me malinterpretes, Tang. Confío en la sabiduría del vidente, pero aún no conozco bien el poder de las piedras —dijo Claude.

—Ninguno de nosotros lo conoce —intervino Friedrich—. Nos han sido entregadas hace poco, apenas arribaron de Sudamérica. Somos sus primeros portadores.

—Es un gran honor —dijo Tang, hablando esta vez en la lengua de Claude.

—Casi no tienes acento —exclamó el belga.

—Lo tomaré como un cumplido —agradeció ella.

En ese momento ambos sostuvieron con sus manos lo que parecían ser pequeñas piedras planas y ovaladas de color gris opaco, que colgaban alrededor de sus cuellos.

Friedrich, que había seguido la conversación detenidamente sin apartarse de su esposa, tomó una piedra similar:

—¿Y tú, Sebastián? ¿Tienes el talismán Terra contigo?

El mexicano contestó sin vacilación:

—Aquí lo tengo. Siempre me acompaña.

Las contracciones indicaban que el nacimiento podría ocurrir en cualquier momento. Sin embargo, las horas continuaron pasando, poniendo a prueba la resistencia y paciencia de aquellos hombres y

mujeres reunidos bajo un mismo techo por primera vez, en especial las de la futura madre.

—Voy a preparar café. Esta será una larga noche —dijo Friedrich.

—Yo me quedo con ella —intervino Tang Zehn, la espigada y hermosa mujer proveniente de China, cuyos enigmáticos ojos parecían revelar un gran poder de sugestión.

—Gracias —dijo Arabelle—. Mi esposo está nervioso, aunque no quiere admitirlo. Traer al mundo al histiano mayor no es cosa de todos los días.

—Claro que no. Pero aun así está demostrando tener una gran fuerza interior.

Para entonces Sebastián y Claude se habían sentado en el extremo opuesto de la habitación.

Un par de tazas de café después, Tang se mostró extrañada: —Es curioso.

—¿Qué cosa? —preguntó Friedrich.

—Podría asegurar que estoy empezando a sentir dolores de parto, como las contracciones que debe estar sufriendo la madre.

Claude y Sebastián alternaron miradas con gesto de interrogación.

—No tiene nada de extraño —intervino Arabelle—. El vidente ya me había advertido sobre esto. La venida al mundo del histiano mayor es antecedita por la unión de nuestras energías vitales. Ahora estamos conectados, para crear un escudo que lo proteja de la influencia scuranti.

Tanto Friedrich Röther, Claude Vranken, como Sebastián Osorio, si bien siendo hombres no podrían experimentar las sensaciones y dolores

previos al parto, no pasaron por alto que sus cuerpos de alguna manera también se estaban preparando para el gran momento.

Tal cual lo había mencionado Arabelle, los cinco parecían estar unidos de una manera especial. Sus conciencias estaban conectadas a un nivel profundo.

Siendo casi las once de la noche, finalmente llamaron a la puerta. Todos se miraron en silencio, sin poder evitar que sus corazones se agitaran.

—Asegurémonos primero de quién se trata. No queremos visitas inoportunas —dijo Claude, asomándose a la ventana para echar un vistazo.

De inmediato la piedra que colgaba de su cuello, el talismán Aeris, empezó a brillar. Afuera, un manto blanco lo cubría todo. Apenas había dejado de nevar.

Pudo divisar a un hombre alto, que vestía un traje oscuro y aguardaba inmóvil, flanqueado por otros dos de aspecto particularmente fornido.

—¡Es el vidente! —exclamó Arabelle, con seguridad.

—El momento ha llegado —dijo cada uno para sí. Una expresión de tranquilidad inundó sus rostros.

La puerta se abrió y dejó entrar la fresca brisa nocturna. Los tres hombres ingresaron silenciosamente, atravesando el recibo hasta ubicarse en el centro de la sala.

El hombre alto miró por un instante a cada uno de los presentes, saludándolos amablemente con un gesto delicado. Lo reconocerían como un hombre sabio, que emanaba una gran sencillez.

Luego indicó a sus guardaespaldas que se ubicaran cerca a la puerta y esperaran allí, en actitud vigilante.

—¡Hermanos, ya es tiempo de traerlo al mundo! —dijo aquel a quien tanto habían esperado. Todos asintieron—. Colóquense alrededor mío. Tú también, Friedrich. ¡Démonos prisa!

La gestante parecía ya no poder esperar más. Con delicadeza, el vidente puso su mano derecha sobre el vientre de Arabelle y permaneció con los ojos cerrados y en silencio por varios segundos.

—Puedo sentir su energía. Es cálida y poderosa.

Tang, Claude, Sebastián y Friedrich, que habían procedido como les fuera indicado, no pudieron dejar de sorprenderse cuando notaron como los talismanes que contenían los poderes del agua, aire, tierra y fuego empezaron a flotar suavemente delante de sus cabezas. Con la llegada del histiano mayor su verdadero poder había empezado a despertar.

—Alkiar se está manifestando —dijo el vidente—. Finalmente ha llegado la hora de recibir al guardián más fuerte de nuestra hermandad.

Las luces de la casa parpadearon brevemente. Afuera, el viento cesó y un silencio sobrenatural rodeó todo. La Luna llena pareció brillar como nunca.

—¿Cómo se llamará el niño?

—Hans, queremos que se llame Hans —contestó Arabelle.

—Un nombre que denota inteligencia y valor.

—¡Digno de un líder! —exclamó Friedrich, orgulloso.

—Es cierto, será un gran líder entre los hombres. Pero recuerden que antes de convertirse en el guía de nuestra hermandad será su hijo, su

primogénito. Hasta que llegue el momento en que asuma su papel como cabeza de los histianos ustedes deberán protegerlo y educarlo.

Friedrich y Arabelle se miraron con emoción. Los talismanes Aqua, Aeris, Terra e Ignis brillaban intensamente.

Lo que parecía ser una cúpula de luz, un manto de energía había caído sobre ellos, llenándolos de paz y de una sensación de seguridad.

Minutos después Arabelle hizo un último esfuerzo por expulsar a la criatura fuera de su vientre. Todos recibieron maravillados al recién nacido.

—Parece ser un bebé sano y fuerte —exclamó Tang.

Antes de entregárselo a su madre, el vidente lo sostuvo por un momento y dijo con inocultable emoción: —¡Bienvenido seas, Hans Röther! ¡Tu arribo a este mundo nos llena de alegría!

Sobre su pecho empezó a resplandecer una piedra similar a las que llevaban Friedrich, Tang, Sebastián y Claude. Era de mayor tamaño y tenía un brillo aún más intenso.

Sin dejar de mirar al pequeño, el vidente exclamó: —Este es el talismán Magnus, el más poderoso entre las cinco. Está destinado únicamente al histiano mayor. Ya llegará el día en que lo puedas llevar contigo, cuando el momento en que se cumpla la profecía esté cerca y debas cuidarnos de las sombras.

Todos entendieron estas palabras, conocían muy bien el significado de la profecía.

Afuera, un suave viento empezó a soplar y un solitario búho ululó desde un árbol cercano.

—El peligro ha pasado. Morek no ha podido encontrarnos —dijo aliviado el vidente.

—Esta noche, nuestra hermandad se ha fortalecido —exclamó Tang con inequívoco entusiasmo.

—Es cierto, portadora de Aqua, y la profecía dice que poco después del nacimiento del histiano mayor los predestinados arribarán a nuestro mundo.

—¿Cómo sabremos dónde aparecerán? —preguntó Claude.

—Al igual que nosotros y el pequeño Hans esta noche, ¿no estarán en peligro de ser encontrados por la conciencia del enemigo? —preguntó Sebastián.

—Nadie sabe aún dónde aparecerán —contestó el vidente—. Su esencia vital recién se manifestará poco antes de la profecía, por lo que estarán protegidos en el anonimato hasta ser adultos. Para entonces, debemos haberlos encontrado.

—Esperemos que no se nos adelanten los scuranti —dijo Claude.

—Por ello es por lo que debemos estar alertas, y saber interpretar las señales que nos envía Alkiar. Tengo confianza en que tendremos éxito. Nuestra hermandad los hallará primero. Está escrito en la profecía.

Aquellas palabras lograron animar a todos.

—Recuerden además que hoy han despertado las piedras histias. No me corresponde a mí enseñarles a usarlas, deben descubrirlo ustedes mismos. Pero sí les puedo decir que tienen un poder muy grande que deberán aprender a controlar.

Los cuatro portadores, encargados de llevar y cuidar los cuatro amuletos elementales, miraron al pequeño Hans con esperanza. Por un momento desearon que ya fuera adulto.

—Arabelle, ahora te entrego a tu hijo. Encárgate de que sea un niño sano.

—¡Así será!

Tras comprobar que la madre se encontraba en buen estado, el vidente les habló a los portadores:

—No volveré a ver al niño hasta que cumpla los siete años, cuando sea presentado ante la hermandad y empiece su entrenamiento. Recuerden que ahora está en sus manos el bienestar y la seguridad del hombre que nos guiará con éxito a encontrar y proteger a los predestinados.

—¿Qué cosa te preocupa? —preguntó Friedrich.

—Veo que con ustedes me es difícil ocultar mis pensamientos.

Todos lo miraron en silencio, expectantes.

—Así como hoy el nacimiento del histiano mayor renueva nuestra esperanza, los scuranti también han empezado a prepararse para la batalla final.

—¿De qué manera? —preguntó Sebastián.

—Ellos no pueden ubicarnos, aún no con precisión. Nosotros tampoco podemos hallarlos, pero sí sentir su energía que crece día a día.

—¿Se han manifestado de alguna manera? —preguntó Tang.

—Han encontrado al primero de los animus, y si bien no puedo saber en dónde ha ocurrido esto, sí puedo decirles que él aún es un niño —respondió el vidente.

—¿Un alma inocente? —preguntó Arabelle.

—Me temo que no. Su alma, destinada a servir a la oscuridad, sólo está aguardando el momento de tomar su lugar como líder de los seguidores de las sombras.

—¡Y aún faltan otros dos! —exclamó Claude.

—Así es, portador de Aeris. Ellos aún no llegan, pero deben estar por nacer en los próximos años. Cuando los tres animus estén reunidos la hermandad scuranti será más fuerte que nunca. Es por ello por lo que no debemos fallar en nuestra misión de proteger y educar a Hans, para que se convierta en nuestro principal guardián, hasta que llegue el día en que los predestinados se unan con Antolas.

—El padian... —dijo Friedrich.

—Sí, nuestro protector, brazo derecho del dios Alkiar y el primero de los guerreros inmortales de la luz. Y ahora me despido. Nos volveremos a ver en siete años —dijo el vidente.

Acompañado de sus guardaespaldas subió a su vehículo y se alejó. La chimenea, que había permanecido encendida por varias horas, reclamó combustible.

—Voy por leña —dijo Sebastián.

—Te acompaño —Claude habló en castellano en esta oportunidad.

Luego de ser escrupulosamente limpiado y de llorar por un momento, el recién nacido se quedó dormido. Su madre lo había estado meciendo suavemente.

—¿Crees que podremos cumplir la misión que se nos ha encomendado? —preguntó Arabelle a su esposo.

—Estoy seguro de que sí. Y algún día será él quien nos cuide y guíe hacia la batalla final.

—Se ve tan frágil, tan pequeño —dijo ella con ternura.

Friedrich, quien no pudo evitar que sus ojos se humedecieran, exclamó en voz alta:

—Si tan sólo fuera consciente de la gran responsabilidad con la que ha venido al mundo.

—Pero no estará solo —dijo Tang—. Recuerda que los cuatro portadores siempre estaremos juntos.

—Gracias por tus palabras. Sé que así será —dijo Arabelle.

Un momento después, el belga y el mexicano regresaron con algunos troncos secos.

—No van a creer lo que hemos visto afuera —dijo Sebastián.

—¿Qué cosa? —preguntó Tang.

—El cielo, hacia el Norte, pareció teñirse de rojo por un instante.

—¿De rojo?

—Y no sólo eso —intervino Claude—. Por un momento los talismanes que cuelgan de nuestros cuellos se sintieron pesados y fríos.

—Estoy seguro de que tiene que ver con lo que nos dijo el vidente —dijo Friedrich.

—Es posible que sea una señal. Tal vez el enemigo esté concentrando su poder en esa dirección —exclamó Tang.

—Y de alguna manera se ha manifestado por el nacimiento del histiano mayor —agregó Claude.

—Pues que no vengan a este pueblo. Porque estaremos listos para defendernos —dijo Arabelle, mientras acariciaba suavemente la mejilla de su hijo.